



RESEÑAS

A propósito de Silvia Licht, Agustín Tosco y Susana Funes, historia de una pasión militante. Buenos Aires, Biblos, 2004.

“Ah! Si pudiera romper todo! Destruir todo!
Tirar abajo este penal y matar, matar a todos
los que me persiguen, los que entorpecen todas
las cosas! Sería feliz de ver correr toda
esa sangre!”

(Agustín Tosco a Susana Funes,
desde el penal de Villa Devoto,
27 de diciembre de 1971).

Silvia Licht conoció casualmente a Susana Funes en 1993, quien además de haber sido delegada y parte de la Comisión Directiva de Luz y Fuerza en los setentas, fue la pareja de Agustín Tosco desde el Cordobazo hasta su muerte. Intentando reconstruir sus historias en conversaciones que las hicieron amigas, Susana Funes obsequió a la autora las cartas inéditas que el máximo dirigente sindical de la izquierda en la segunda mitad del siglo XX enviara a su amada desde la prisión. Las cartas inéditas impulsaron a la autora a escribir la historia política de un amor entre un dirigente sindical marxista de 39 años de un sindicato de “la aristocracia obrera” (como el mismo Tosco se piensa en sus cartas) y una joven veinteañera que emergía a la agobiante vida social y política de fines de los sesentas con la fuerza de su generación. Agustín estaba casado y tenía dos hijos cuando empezó a salir con Susana y es posible pensar que sólo la transformación radical que impulsó el Cordobazo permitió que este “amor prohibido” tuviera su cauce. Aunque la biografía de Agustín Tosco y la

historia del sindicalismo desde la segunda presidencia de Perón hasta hoy es una tarea pendiente, la autora realiza un gran esfuerzo y concreta algunos aportes que permiten entender la trayectoria sindical del dirigente de Luz y Fuerza.¹

Tosco ingresa en la Empresa Provincial de Energía Eléctrica de Córdoba (EPEC) en 1949, a los dieciocho años. Luego de realizar el servicio militar en 1951, se convertirá en dirigente de su gremio, patrocinado por Cristóbal Sierra, por entonces secretario general de Luz y Fuerza. A iniciativa de éste se mudará a Buenos Aires para representar a la regional cordobesa de Luz y Fuerza en la Federación Argentina de Trabajadores de Luz y Fuerza (FATLYF). Tosco era por entonces peronista, aunque estaba influenciado por Cooke y de este modo se diferenciaba de la línea ortodoxa. Luego de la Revolución Libertadora, Tosco participa también en el congreso fundacional de las 62 Organizaciones.

De este interesante itinerario de los primeros años de su vida, habría que agregar las importantes consecuencias de la ruptura de la regional cordobesa con la Federación nacional, su desprecio hacia Frondizi y la buena relación con Illia, temas indisolublemente ligados e importantes para comprender por qué el máximo líder de la izquierda se desenvuelve durante décadas en un gremio que a nivel nacional está conducido por Juan José Taccone, uno de los mayores representantes del llamado participacionismo.

El texto abre muchos de estos problemas: ¿Cómo fue posible que una regional se desarrollara con independencia de su organización nacional? ¿Por qué la desafiación de la entidad nacional no inhibe el desarrollo regional en estos casos?

¿Qué relación guarda este problema con la legislación sindical de Illia? También se nota por momentos la reproducción de la ecuación clásica de muchos historiadores del movimiento sindical, que ponen del lado del vanderismo todo lo valorativamente malo, operación que los lleva a veces a forzar los acontecimientos históricos.

El punto fuerte del texto es que tal vez involuntariamente, o por la propia relación afectiva que la autora construyó con Susana Funes, se reconstruye la biopolítica de un amor casi obligadamente platónico por la prisión y la clandestinidad. En verdad, Tosco pasó la mayor parte de la década del setenta en la cárcel o en la clandestinidad, hasta que lo encontró la muerte escondido en las sierras el 5 de noviembre de 1975.

Esta ilegalidad, lejos de haber sido la consecuencia de una elección meditada en círculos, fue el castigo de una época para los que querían ser libres. La ilegalidad fue también el contexto en el cual se desarrolló la política en su sentido tradicional y en todos los demás, que en este caso importan mucho.

Las cartas desde la cárcel hacen pensar a uno que Tosco instituyó su prestigio político entre una juventud a la que no pertenecía, a partir de percibir, a diferencia de otros dirigentes de su generación, que por encima de las identidades partidarias existía un enemigo a combatir y que para batir a ese enemigo había que estar unidos. Estar unidos significaba también que verdaderamente había algo que aprender de las nuevas generaciones que irrumpían de modo decisivo y tajante en la sociedad, la cultura y la política.

El “hombre de la Triste Figura” (como Perón llamaba a Tosco en alusión al Quijote) se permite un romance que en las filas de

parte de la izquierda partidaria no fue bien visto. Así, el frente único del que Tosco fue un emblema, privilegiando siempre los intereses del movimiento sin reprimir las disputas internas, estuvo sometido a una crisis en que los cuestionamientos personales y políticos se entremezclaron definitivamente.

Desde este punto de vista, el libro es más que interesante y recomendable y se desprende de él como un mandato, el deseo de que las cartas abandonen su carácter inédito y estén al alcance de todos los investigadores interesados.

Daniel Paradedá
UBA / CeDInCI

A propósito de Maristella Svampa y Sebastián Pereyra, Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras, Buenos Aires, Biblos, 2004.

Frente a las movilizaciones de protesta que en los últimos años ocuparon la escena política nacional, el tema de los actores sociales ha recobrado relevancia académica. Un claro ejemplo de ello ha sido la investigación llevada a cabo por Maristella Svampa y Sebastián Pereyra, publicada en el 2003 bajo el título **Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras**, y recientemente reeditada con una actualización y balance del período que va del 2002 al 2004.

Asimismo, dentro del corpus de investigaciones que se ha producido sobre la protesta social en Argentina, este libro propone una entrada diferente. Por un lado, se distancia de aquellos análisis y publicaciones inscriptas en tradiciones de pensamiento marxista,² que centradas en el *conflicto entre clase obrera y burguesía*, conciben a los cortes de ruta como una prolongación de acciones encabezadas por sectores de la clase trabajadora industrial (ahora devenidos desempleados).³ Por el otro, se alejan de los enfoques críticos que identifican al “neoliberalismo” como la causa principal y primigenia de las acciones de confrontación social y desde donde los movimientos sociales son vistos básicamente como *reacción*, como respuesta al terremoto

neoliberal de los ‘90 que trastocó las formas de vida de los sectores populares.⁴ Por el contrario, la perspectiva en la que anclan su reflexión Svampa y Pereyra, denominada “sociología de la acción colectiva”, intenta otorgarle especificidad al fenómeno de la protesta, los movimientos sociales y la acción colectiva. Desde aquí se entiende la utilización frecuente de categorías tales como “repertorios de acción” (Charles Tilly) “ciclo de protesta y estructura de oportunidades políticas” (Sidney Tarrow) o “economía moral” (Edward Thompson). Justamente, el uso teórico, conceptual y metodológico de los desarrollos recientes en el campo de estudio de los movimientos sociales permite a esta investigación, por un lado, vislumbrar la potencialidad de explicar y comprender la protesta de los desocupados desde una perspectiva que reconoce sus elementos *disruptivos* y, por el otro, plantear los problemas *propios* de acción colectiva.

Desde este marco se entiende por qué este libro, que tiene como base una sólida indagación empírica,⁵ intenta responder a dos relevantes objetivos. Objetivos, que valga la pena decir, están íntimamente relacionados.

El primero tiene que ver con analizar, quizás por primera vez de manera rigurosa y sistemática, al movimiento social de desocupados en la Argentina como un verdadero *actor colectivo*. Si bien se trata de un actor caracterizado por la heterogeneidad de las bases y trayectorias sociales que lo integran, existen elementos —esto es justamente lo que encuentran los autores— que permiten *distinguirlo*, darle especificidad, respecto de otro tipo de movimientos sociales. Tal particularidad se relaciona con una de sus características actuales: el movimiento de desocupados se constituye como un “movimiento piquetero”. Esto es, más allá de su referencia a una pluralidad de contrastes, filias, proyectos políticos y, de manera general, su inscripción en un abanico heterogéneo de contextos y marcos socio-culturales, el movimiento de desocupados incluye un conjunto de repertorios y elementos comunes que han ido configurando un espacio específicamente piquetero. Asimismo, esta especificidad se constituye a partir de su relación con el Estado. Las organizaciones piqueteras emergen como un actor político distintivo a través de un entramado particular de vínculos con el Estado y sus políticas. En una dinámica que oscila estratégicamente

entre la negociación y la confrontación se despliega un espacio de acción que incluye tendencias tanto hacia la institucionalización como hacia la disrupción. En otras palabras, son la adopción del corte de ruta como metodología de lucha, la relación de dependencia con el Estado a través de los planes sociales y la rápida institucionalización de la demanda que ésta distribución de beneficios estatales ha operado, los que permiten colocar a la acción colectiva de las diversas organizaciones piqueteras en un lugar distintivamente común.

En segundo término, este esfuerzo intenta destacar la *novedad* involucrada en el movimiento de desocupados, su irrupción y distancia frente aquel mundo ligado al trabajo y al sindicalismo clásico. Esto no niega que exista continuidad con aquellas formas tradicionales de la protesta social en la Argentina sino que *a pesar de ello* pueden identificarse una serie de hechos y factores que revelan su carácter inédito y disruptivo en la escena política nacional. Justamente, son la productividad de una identidad propiamente piquetera, sus repertorios de acción y organización como el corte de ruta o el distanciamiento de las estructuras y modalidades organizativas propias del mundo sindical tradicional, los que permiten hablar de elementos novedosos. Así, por un lado, el tipo de acción modular (el piquete) y una definición positiva del desocupado (“el piquetero”) que replantea la cuestión de la dignidad de la reivindicación por el trabajo y, por el otro, la cuestión de la organización de ese reclamo a través de un esquema territorial realizado por fuera, en confrontación y, en detrimento de las organizaciones del Partido Justicialista permiten hablar de un hecho notorio y discontinuo. De acuerdo a los autores, hay que ver al movimiento piquetero como una manera novedosa de *recomposición política y social* en el marco de radicales procesos de desintegración y desestructuración.

Desde este lugar podríamos decir que estos dos objetivos del libro se inscriben en uno más amplio y ambicioso. Se trata en definitiva de un esfuerzo por reconstruir y presentar una “genealogía” de la experiencia piquetera, un cuadro global desde sus orígenes para descubrir en ella la especificidad de este fenómeno. Esto implica enfrentarse de alguna manera a la ignorancia y a la condena que ha merecido el movimiento piquetero por buena parte de la población en general, así como, de